

Luis F. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, 445 pp., 13,5 x 22, ISBN 84-88643-40-3.

Nos encontramos ante un nuevo manual sobre Dios, elaborado con equilibrio y solvencia por un prestigioso profesor, el P. Ladaria. Quizás la mejor alabanza que se pueda hacer de este libro sea la de que responde adecuadamente al propósito de su autor y a lo que se puede pedir a un libro escrito para ser utilizado en los estudios universitarios como manual básico. El propósito del autor, como dice en el prólogo, es, por una parte, ofrecer una suficiente información positiva principalmente de los datos neotestamentarios, de la tradición y del magisterio de la Iglesia sobre el misterio del Dios uno y trino revelado en Cristo y, por otra, articular todo este material en una síntesis coherente que permita ver las relación intrínseca que existe entre las diversas cuestiones estudiadas.

El manual sigue el esquema más adecuado para conseguir estos objetivos: comienza por el estudio de la Sagrada Escritura y de la tradición, y termina con unos densos capítulos dedicados a la síntesis especulativa. Este es también el camino elegido por una buena parte de los manuales sobre Dios publicados en estos últimos años.

Ladaria comienza con unas cuestiones preliminares (pp. 1-40), en las que trata de la centralidad de Dios en la contemplación teológica, de la originalidad del concepto cristiano de Dios y de la relación entre Trinidad inmanente y Trinidad económica. A esta introducción sigue la primera parte, titulada «la mirada a la historia», que está subdividida en dos grandes apartados, uno dedicado a la revelación bíblica (pp. 41-126) y otro a la historia de la teología y del dogma trinitario en la Iglesia Antigua (pp. 127-238), que abarca hasta los concilios medievales. La segunda parte se titula «de la economía a la teología: la reflexión sistemática sobre el Dios uno y trino», y es una síntesis de todo el tratado de Dios.

Ladaria comienza con las cuestiones referentes a la Trinidad (misiones, procesiones, relaciones, personas) para seguir con dos capítulos dedicados a las cuestiones típicas del estudio en torno a la unidad de Dios: la unidad de esencia, y los atributos divinos. Esta parte —y el libro— concluye con un capítulo dedicado al conocimiento natural de Dios y a la cuestión de la analogía.

Aunque sea obvia, se impone una primera consideración: el autor sigue lo que es praxis habitual en los tratados contemporáneos sobre Dios, esto es, considerar unidos los temas concernientes a la unidad y a la trinidad de Dios. La razón de fondo es clara y universalmente compartida: «La unidad no es úni-

camente un dato previo a la revelación cristiana, sino que con ésta recibe un sentido nuevo y mucho más profundo. No hay unidad divina sin trinidad, y viceversa» (p. 7). Dentro de esta afirmación, el autor ha dedicado mucha más atención a los temas propios del Dios Trino que a los del Dios Uno. Así se ve, p. ej., en la escasa extensión dedicada a las cuestiones concernientes a la voluntad y a la inteligencia divinas.

El libro destaca, en primer lugar, por la solvencia con que el autor expone las cuestiones teológicas, tanto las antiguas como las más características de la teología contemporánea. A este respecto, son ilustrativas las páginas dedicadas a San Hilario sobre el que Ladaria tanto ha trabajado, o las dedicadas a la unción de Cristo por el Espíritu. Con respecto a las cuestiones más tratadas por la teología contemporánea, piénsese, p. ej., en las cuestiones suscitadas por K. Barth, K. Rahner o J. Moltmann, el autor procura mantener siempre el equilibrio y ese envidiable sentido común, que es tan importante en Teología.

Así sucede, p. ej., al afrontar la cuestión del «abandono» de Jesús en la Cruz. Tras exponer en síntesis el pensamiento de von Balthasar, Moltmann y Jüngel, concluye: «Jesús, en su pasión, no sólo sufre el abandono, sino que entrega su espíritu en manos del Padre (...) No se puede por tanto hablar con sentido de un “conflicto” intradivino. Si el abandono de Jesús por parte del Padre puede expresar la “distancia”, la diferenciación de las personas en Dios, que es máxima, la obediencia del Hijo, la aceptación del designio del Padre y la confianza radical en él muestra la profunda unidad y comunión divina. Los dos aspectos han de verse en su unidad. Toda separación, por grande que podamos y debamos pensarla, no puede hacer olvidar que el Padre y el Hijo son en la pura referencia al otro» (p. 88). En efecto, las afirmaciones de Moltmann de que la cruz es constitutiva de la Trinidad, por mucho que se puedan atribuir a un lenguaje hiperbólico, no son compatibles con la teología de las misiones, en las que la encarnación y la cruz son el resultado de la misión del Hijo por el Padre.

A veces las páginas de este libro esbozan pensamientos verdaderamente sugerentes. Así sucede, p. ej., en la forma en que afronta la cuestión de la resurrección del Señor, uniendo fe en Dios y resurrección: «La fe en la resurrección de Jesús no es un añadido a la fe en Dios, es la expresión de la fe en el Dios cristiano. El poder de resucitar y el de crear, con una cierta prioridad del primero, van juntos según Rm 4, 17. En ambos casos Dios actúa directa e inmediatamente. Dios es el Padre de Jesús, y, como ya hemos tenido ocasión de ver, muestra esta paternidad al resucitarlo de entre los muertos» (p. 89).

Matizadas y yendo al fondo de la cuestión, las observaciones que hace Ladaria en torno al concepto de persona de Barth y Rahner y su aplicación al

misterio trinitario: «Con las fórmulas de tres modos de ser o tres modos de subsistir no se expresa la dimensión del misterio que es la unidad en la intersubjetividad, más bien se corre el riesgo de negarla. Ya hemos aludido al problema que esto plantea en la relación entre la Trinidad económica y la Trinidad inmanente, porque es claro que en la primera Jesús está frente al Padre en una relación dialógica (...) Pero en la discusión en torno a la cuestión de la persona en Dios se ha aludido todavía a otro problema. Aun admitiendo que el concepto de persona de los tiempos modernos insista en la idea de sujeto, individualidad, etc. Barth y Rahner no sólo no lo han rechazado, sino que lo han recibido, pero no lo han aplicado a las tres “personas” en el lenguaje tradicional, sino a Dios mismo como sujeto absoluto. Si han partido de este “sujeto” es claro que después se hace difícil hablar de tres. Dios es el sujeto de su autorevelación (Barth) o de su autocomunicación (Rahner). Pero la tradición cristiana ha hablado de la unidad de sustancia o de esencia, pero no de la unidad de sujeto, sea del sujeto de la autorevelación, según K. Barth, sea de su autocomunicación, según K. Rahner. Por tanto, si ciertamente no podemos pensar que haya en Dios tres autoconciencias diversas, de ahí no se sigue necesariamente que haya que negar tres centros de conciencia y de acción, tres “agentes”» (p. 285).

También en la cuestión de la analogía y del conocimiento natural de Dios, Ladaria mantiene una posición serena y constructiva, en un apartado que titula significativamente: «*maior dissimilitudo* en la mayor cercanía». «Se ha hecho lo que nosotros somos —escribe—, para que nosotros pudiéramos llegar a ser lo que él es, dice el conocido axioma del “intercambio” de los Padres (...) Él salva la distancia infinita entre Creador y criatura, pero no nosotros. La capacidad de salvar la distancia es, precisamente, una muestra más de la *maior dissimilitudo* (...) La gran semejanza (...) nos muestra una mayor desemejanza que sólo salva el amor de Dios, también en esa gran manifestación de cercanía desemejante» (p. 426). Uno recuerda la fuerza con que Gregorio de Nisa argumenta en el *Gran Discurso Catequético* que la encarnación —el sumo abajamiento de Dios— manifiesta no sólo su infinita misericordia, sino también su inmenso poder. Gregorio está mirando a grandes sectores de la filosofía griega. En efecto, un Dios que no pudiese abajarse hasta hacerse hombre —es el argumento nisenso—, estaría prisionero de su propia grandeza.

Si se tienen presentes los numerosos manuales publicados sobre Dios en estos últimos años, se constata que, en este tratado, existe una gran convergencia tanto en las posiciones de fondo como en el esquema a seguir. El libro del Prof. Ladaria es buena muestra de ello. Y al mismo tiempo es un ejemplo de buen hacer teológico.

Lucas F. MATEO-SECO